

ARTIGAS: RAICES DE SU PRESTIGIO DE CAUDILLO

¿QUE nos importa en realidad quién haya sido Artigas? La pregunta no sólo es válida si nos atenemos a las exigencias de la gnoseología histórica, sino que también aproxima su planteo a una conciencia que aspire a reordenar creadoramente la contingencia actual. ¿En qué sentido, en efecto, puede interesarnos una personalidad —aparte toda curiosidad extra-histórica— sino en la medida en que puede contribuir a iluminar la dinámica de nuestra época, por el modo y grado con que determinó su propia circunstancia? Como existente, como unidad sociológica, Artigas no puede significar nada, es un azar simple y sin derivaciones, por mucho que deba su aparición y su desarrollo a los factores sociales que lo condicionaron. De sus cualidades personales sólo pueden en consecuencia interesarnos, como historiadores, aquellas que se incorporaron a un sentido más o menos permanente. Y es del caso distinguir aquí aquellos personajes que, valga el ejemplo de un Rivera, se limitan a reflejar y manifestar las tendencias de su tiempo, de aquellos otros que, como Artigas, le agregan un sesgo nuevo y le dejan la impronta de su iniciativa creadora. Así, las "vidas de Artigas" que suelen prodigarse, deben considerarse en función de contenidos que rebasen esas vidas. Hay un valor ejemplar, es verdad, en la vida de Artigas en cuanto tal, como revelación de cualidades en cierta medida temporales, pero su peculiaridad no tiene relación sino aleatoria con su significación, significación que no puede abarcar toda la vida sociológica, sino solamente aquellas zonas que pudieron integrarse a contenidos extrapersonales.

En el Uruguay del 1800, país semidesierto en donde vida y muerte se daban en casi total inmediatez, sin leyes, ni autoridades, ni normas, ni tradiciones que pudieran atemperar esa brutal alternativa, la realidad social se reducía a una expresión casi pura del miedo (según lo formulara Keyserling con penetrante precisión), de ese miedo original del animal que enfrenta un mundo de fuerzas con las que no puede contemporizar, sino simplemente aceptar o dominar.

El coraje del gaucho nace y se establece como una réplica a ese terror primario. Era el único estilo vital posible entonces. La Banda Oriental se encontraba en el siglo XVIII, literalmente, en el más desesperado fin del mundo. Desde España, a través del Atlántico, de las Antillas, del mismo, del Pacífico y del Perú y tras muchos meses de viajar en carreta hasta Buenos Aires, se llegaba recién a nuestro territorio, al fin de ese larguísimo rodeo; y asimismo se llegaba desde Portugal, por el nordeste, a través del Atlántico y del Brasil, de modo que la Banda de las Charrúas (raza que a su vez era un término, étnico y especialmente, de otras razas) tenía a guisa de esos remotísimos confines de dos naciones cuyo espíritu aventurero quedaba librado aquí a sus propias fuerzas. Los más lejanos tentáculos de los poderes español y portugués dividían aquí un hombre elemental, ceñándose en el ganado que había echado por delante la ofensiva presión de Hernandarias. Y al chocar en el último borde de esa codicia incontrolada, aquellos apocados organizados vaquerías y las expediciones de los mamelucos tenían forzosamente que desmigararse luego en hombres sueltos, gauchos atrevidos solamente a su avidez particular y al modo más natural y directo de satisfacerla y defenderla, a puro coraje y puro miedo, sin testigos a la vista, ni leyes, ni quien se atreviera a condecirlos. El sentido de la independencia personal se hermanaba entonces naturalmente con la tendencia a matrearse. Y desde que las vaquerías y arrieros de los santafecinos, de los misioneros y de los portugueses, y luego el matreaje, azotaban el campo sin dar tregua ni trépezar con trabajo alguna, debió caracterizarse paralelamente la necesidad de seguridad, de posesión y de amparo, primero en los techos de Montevideo afincados en sus alrededores, y luego en aquellos otros que, más al norte, trataban de hacer pie en mitad del torbellino.

Que Artigas resumiera esos dos aspectos —la desatada furia del miedo vuelto valentía, por un lado, y la urgencia de seguridad en tierra defendida, por el otro— todos los testimonios coloniales lo muestran con elocuencia inconfundible. Transfiguró su miedo en una valentía que se hizo proverbial, y emprendió asimismo la tarea de defender los reductos que naturalmente se erigieron contra los ramalazos del miedo desbocado, aquellas espaciales estancias cimarronas, inclusive las que recibiera de sus antepasados, y para cuya explotación, como enseguida comprendió, era necesario convertir aquellos bandoleros impenes en habitantes estables de esa tierra cuyas riquezas no sabían aprovechar sino devastándolas. Y Artigas quiso que indios y gauchos, conjuntamente, —para su honra sentido humano no podía ser de otra manera— fueran esos habitantes que el país estaba reclamando. Ser patriota, para él, e inclusive, creador, había donde pu-

do serlo, de una patria, era como la síntesis de aquella dialéctica bárbara, en donde la propiedad y la anarquía, el hombre domesticado y el hombre primordial, eran la tesis y la antítesis que había nacido y sentido en carne propia. Y de ahí la indeclinable atención que dispensó, así como se expresa en su Reglamento, a los más "infelices", que sabía bien que era de la casta de los desheredados de donde salían los muerres: sus violencias y saqueos, de la inseguridad del día a día, de la consiguiente necesidad de superar tal riesgo por cualquier manera. En Artigas se dio así el valor superior que hace, no del caudillo, sino de su propia destinación, y se dio además, y en esta su posición social fue fuertemente condicionada, la conciencia de que era necesario un mínimo de movilidad, y de que esa estabilidad sólo podría cimentarse sobre la única base formada por los gauchos más pobres y desamparados. Puntos esenciales, pero expresados hasta no poder ser más, la "valentía": tal la conciencia atenta con que lo expresaban aquellos "riscados" vendedores de ganado que, "descinados" (como lo certificaba Tello), la "valentía"

el "caudillo de toda la campaña", según era el término usado en marzo de 1811 por el Comandante Salazar, sino en un sentido de intervención y emprendimiento, expresión inmediata de su valentía y comprensión, así como la "valentía" de aquellos desamparados la propia y así como la "habilidad" aprendida con su propia experiencia.

La expresión posterior, ya en los días de la Patria Vieja, confirmó esa comprensión que sólo podía ser entendida a través de los más importantes momentos del medio en que vivió. En aquellos años de honda anarquía, apareció en Soriano un "descinado" de naturaleza al mismo tiempo que una "habilidad" de espíritu que se había guisado al fuego de un grupo de gauchos y que actuaba en un mundo de guerra y riesgo, incorporando y sublimando rasgos esenciales, queriendo a veces y corriendo a veces riesgos y quedando. Pronto surgió fama y la "valentía" fue grupo de gauchos, sin duda, también, "descinados" por quien, a esa hora, reducida se había convertido en conciencia elemental de una "habilidad" elemental, a como el mismo se llamaba en "Procurador de los Siervos Pobres", en procura elemental del "bien" individual. El Caudillo de Montevideo descendió por ese camino en un "caudillo" de Artigas lo que llamaba "descinados y valentía", promovidos por los dos períodos que operaron a órdenes de "descinados". Llamada a "descinados" por Artigas se justificó el "descinado" diciendo que no "descinados" sino "descinados" y que por lo tanto se podía llamar en "descinados" como se le llamaban, "descinados" que cargó en la guerra de los "gauchos" valentías que actuó de por sí. Artigas lo reafirmó sus "descinados", pero le dio en "descinados" con la "valentía" que le dio que no "descinados" por Soriano "para evitar nuevos "descinados"; y le atribuyó "descinados" al "caudillo" "si Ud. lo desea, y que los "descinados" de otros a quienes se le llamaban, al ver "descinados" su "valentía", "Tal vez", dice con cierta escrupulosidad Artigas, y es que bien sabía que los más "descinados" co-

● Que Artigas resumiera esos dos aspectos —la desatada furia del miedo vuelto valentía, por un lado, y la urgencia de seguridad en tierra defendida, por el otro— todos los testimonios coloniales lo muestran con elocuencia inconfundible.

en 1793 en el Buzos, y así también el sermónario con que se expresaba a los muerres y los portugueses, con una valentía que debía de parecer eterna, hasta el punto de atribuirle en algún relato un sentimiento de "valentía" (tal vez la banda del portugués Chaves, entre los que él mismo diferenciaba a los "descinados" que como "descinados" los llamaban de prender o "descinados" de morir, ellos a nosotros), y Chaves, al ver que se "descinados" de Artigas, atribuyó las "valentías" y se entregó, diciendo "no me tira que estoy "descinados"; pero sobre todo, asumió la "valentía" con que concebía la regresión del "descinado", por "descinados" que "descinados" fueran, consciente de que no se las había con hombres "descinados", sino, a lo más, "descinados", y sabe así conquistar el afecto de los indios, y debió en cierta ocasión elevar una representación a las autoridades de Montevideo, solicitando se fueran reintegrados a la prisión de la Ciudadela de presos cuya "valentía" venía de ser "descinados", expresando que no podía faltar a la palabra que les había dado (tal era el respeto que le merecían como "descinados", y que esa "valentía" le resultaba además "descinados" y "descinados", pues era preferible morir a "descinados" "torpe" ("torpe", y no "descinados") "con mucha "valentía" y "descinados". Artigas, en efecto, sabía de donde nacía el mal, había estado en esa "valentía" de miedo tan propia al "descinados" y a la "valentía", y sabía también (que no podía ignorar que la "valentía" de su "descinados" Juan "descinados" Artigas ya había sido "descinados" por los "descinados" en 1793) que esa "valentía" resultaba "descinados" más "descinados", ese "descinados" que el "descinados" de "descinados" "descinados" ya "descinados" a "descinados" a "descinados". Con "descinados", o con sus "descinados", o con sus "descinados" "descinados" y tal como se "descinados" en el Reglamento de 1815 esa "valentía" "descinados" constantemente su "valentía". Y no podía ser "descinados"

descinados no estaban en condiciones de comprender la "valentía" verdadera de aquellos "descinados" "descinados". El "descinados" (Banda de "descinados") "era un "descinados" muy "descinados", que "descinados" respecto a "descinados" dice el Coronel Ramón de Caceres, quien lo conociera en Paysandú, agregando que "a pesar de que yo era un "descinados" de Artigas, la "valentía" de él, de aquí de "descinados" el "descinados" que, sin necesidad de recurrir a "descinados", tenía Artigas sobre su "descinados", "descinados" muy "descinados" en "descinados" y "descinados" de su "descinados" de "descinados": si los "descinados" creían en Artigas, es porque Artigas creía en los "descinados". "Descinados" y en "descinados" que "descinados", como en "descinados" y "descinados", había de "descinados" "descinados" en "descinados" a una "descinados" "descinados" de "descinados" y a una "descinados" más "descinados" a los "descinados" de la "descinados". En Artigas se dio esa "descinados" "descinados" con "descinados". La "descinados" "descinados" y la "descinados" con que "descinados" "descinados" en "descinados" "descinados" al "descinados" del "descinados" "descinados" que, como "descinados", como "descinados" de "descinados" y "descinados" "descinados", lo había "descinados" con la "descinados" en que vivió.

De ahí la "descinados" de "descinados" "descinados" "descinados" Artigas "descinados", como en sus "descinados" "descinados" como en la "descinados" del "descinados", con "descinados" y "descinados", que se corre el riesgo de no ser "descinados" sino como un "descinados" de "descinados" "descinados". Pero el Artigas que fue es un "descinados" "descinados" "descinados" al Artigas que nos hace "descinados", que no "descinados" "descinados". Lo "descinados" "descinados" "descinados" es una "descinados" como la "descinados" que le creó, o que creó que lo creó. La "descinados" "descinados" la "descinados" de "descinados" "descinados" que se dio con "descinados", aunque no pueden dejar de ser "descinados" una "descinados" "descinados" de "descinados" más o menos "descinados"

(Pass a pag. siguiente)

FUNCIONAL: un pantalón muy resistente. Ideal para ir al estadio, motociclistas, paseo, trabajo y campo. Con hilado retorcido.

\$ 79.75

INVERNAL: en franela super abrigada muy resistente.

\$ 119.75

COMO SIEMPRE PARA INVIERNO

pantalón
RELAMPAGO

PRESENTA LA MAS COMPLETA LINEA DE PANTALONES

CON CIERRE O CON BOTON

RELAMPAGO

EL MEJOR PANTALON

EXUALO CON BOUTA BORDADA

AUTENTICO VI-GORET: el clásico pantalón de la línea Relampago. Tela de primerísima calidad, muy abrigada. Con cierre o con botón.

\$ 159.75

PRINCIPE DE GALES con botones, en todos sus sobrios. Un pantalón de gran categoría.

\$ 169.75

El desencanto del patriciado

(Viene de la 1.ª pág.)

Era, como se observa, un núcleo bien representativo del patriciado, con predominio urbano. Figuran en él, sin embargo, algunos representantes de la campaña, siendo el más notable Fructuoso Rivera, quien por conveniencias personales y por curiosas miras políticas también, apoyará en un todo las resoluciones del Congreso.

El patriciado y la idea de la Nación

El problema planteado, al Congreso por su Presidente Juan José Durán fue en extremo concreto. Los diputados debían elegir entre su incorporación a Portugal, la independencia de la provincia, o la unión con otro país (naturalmente, las vecinas provincias del ex-virreinato del Río de la Plata).

La resolución votada por unanimidad fue la de la incorporación a Portugal, aunque bajo ciertas condiciones que el único en atreverse a proponer fue Larrañaga. Para fundar el voto, tres diputados hicieron uso de la palabra, con lo que nos han dejado un documento invaluable para conocer el pensamiento de la clase superior montevideana en relación al giro que debía tomar el futuro del país.

El primero en hablar fue Jerónimo Pío Bianqui y sus argumentos pueden sintetizarse de esta forma:

"Hacer de esta Provincia un estado, es una cosa que parece imposible en lo político: para ser Nación, no basta querer serlo, es preciso tener medios con que sostener la independencia. En el País no hay población, recursos ni elementos para gobernarse en orden y sosiego; para evitar trastornos de la guerra civil; para defender el territorio de una fuerza enemiga que lo invade; y hacerse respetar de las Naciones. Una soberanía en este estado de debilidad no puede infundir la menor confianza, se seguiría la emigración de los capitalistas; y volvería a ser lo que fue, el Teatro de la Anarquía, y la presa de un ambicioso alevoso, sin otra ley que la satisfacción de sus pasiones..."

"Luego es evidente que la Banda Oriental no pudiendo ser actualmente nación, debe constituirse parte de otro estado, capaz de sostener en paz y seguridad. Buenos Aires en medio

"de sus guerras civiles no puede llenar estos objetos: mucho menos al Entre-Ríos y tampoco la España porque su dominación tiene contra sí el voto de los pueblos, y porque en su estado actual ni puede socorrerla, ni evitar que esta Provincia fuera el teatro sangriento de la guerra, de todas las demás que han proclamado su independencia — no queda otro recurso que la incorporación a la Monarquía Portuguesa, bajo una Constitución liberal. De este modo se libra a la Provincia de la más funesta de todas las esclavitudes que es la de la anarquía. Viviremos en orden, bajo un poder respetable, seguirá nuestro comercio sostenido por los progresos de la pastura; los hacendados recogerán el fruto de los trabajos emprendidos en su haciendas, para repararse de los pasados quebrantos..."

Francisco Llamabí dio a continuación su opinión:

"Abandonados a nosotros mismos vamos a fomentar el celo de las provincias limítrofes... Si la guerra es el mayor mal de un País, si desgraciadamente nosotros lo hemos experimentado demasiado, si vemos destruida tal vez más de la mitad de su población; aniquiladas nuestras riquezas, destruidas las haciendas y careciendo aún del alimento más abundante de la Provincia, ¿necesitamos analizar sus efectos para comprender los males que nos deben suceder? (...) que estamos sin rentas y el comercio casi en su último grado (...) Un gobierno independiente pues entre nosotros sería tan insubistente como lo es el del que no pueda ni tiene medios necesarios para asentar las primeras bases de su estabilidad."

"...Pero si aspirásemos a incorporarnos a la España, encontraremos además del choque de Partidos entre nosotros mismos, unos recursos que se presentan a dos mil leguas de distancia, que no nos libertan de los males indicados... A cualquier parte que vuelvo la vista me veo amenazado de los efectos de esta (la guerra), y si a todos se les presenta el horroroso aspecto que a mí, ningún mal deberemos temer tanto como el (...). De hecho nuestro País está en poder de las Tropas portuguesas; nosotros no podemos ni tenemos medios para evitarlo..."

Finalizó la "discusión" del tema con una disertación del padre Dámaso A. Larrañaga, quien, en lo fundamental, dijo lo siguiente:

"Alejemos la guerra, disfrutemos de la Paz y tranquilidad, que es el único sendero que debe conducirnos al bien público. Consideremos este territorio como un estado separado que debe unirse, conservándole sus Leyes y sus fueros, sus principios y sus autoridades". (Subrayados nuestros).

Hemos transcritto in extenso las opiniones vertidas en el Congreso Cisplatino porque las consideramos representativas de la idea que el patriciado se había formado de la nación y su futuro político. Aún cuando este fue un Congreso de funcionarios y paniguados, no es menos evidente que, como ha dicho Gabriel Rene Moreno, "también es cierto que hubo asamblea con notables".

La presión de las tropas portuguesas, bajo la cual sesionó el Congreso, no era tan violenta como para impedir un pronunciamiento contrario, en particular si se observa que hacía dos meses que no cobraban sus sueldos, habiendo planteado a Lecor graves problemas de disciplina por ello, tan graves que el mismo Congreso los aprovechó para exigir la incorporación con condiciones, y no lisa y llana como la hubiera preferido el Barón de la Laguna. Por lo demás el patriciado tenía una tradición de colaboración con el invasor, la que hemos tratado de extraer en sus aspectos culminantes en párrafos anteriores.

Del contexto de los discursos, raramente unánimes, se deducen los siguientes principios que debían guiar la acción política: a) la incapacidad del territorio de la Banda Oriental para convertirse en una nación independiente, por la escasez de su población y recursos económicos dada como razón fundamental; b) la ineficacia para los fines perseguidos — paz y seguridad — de una vinculación con España o Buenos Aires; c) concluir, como solución práctica y realista, en la incorporación a Portugal, el único

poder capaz de permitir un desarrollo próspero de la provincia en su comercio y estancias, el único que podría impedir la "emigración de los capitalistas" como sostuvo con madura conciencia de clase, Pío Bianqui.

El deseo que más hondura tenía en el ánimo de todos era el de la seguridad. Por ello el recuerdo del período artiguista — "el Teatro de la Anarquía" — como lo definió Bianqui, actuaba de adicte.

Es probable que nunca el patriciado haya expresado con tanta claridad su desconfianza por el destino independiente de la nación como en el Congreso Cisplatino. No se puede negar que muchas de las razones aducidas tenían su peso, que la debilidad económica (acentuada por el período revolucionario), la poblacional (mucho más importante), eran factores de suma gravitación en cualquier política a seguir. Parecía acertado concluir que todo sentimiento de la "Orientalidad" estaba ausente de estos razonamientos, fríos, católicos, en verdad ahistoriados, porque consideraban a un territorio y a una población en abstracto, sin toda la carga emocional con que el pasado había llenado su sangre.

La dominación luso-brasileña y el resquebrajamiento de la entente

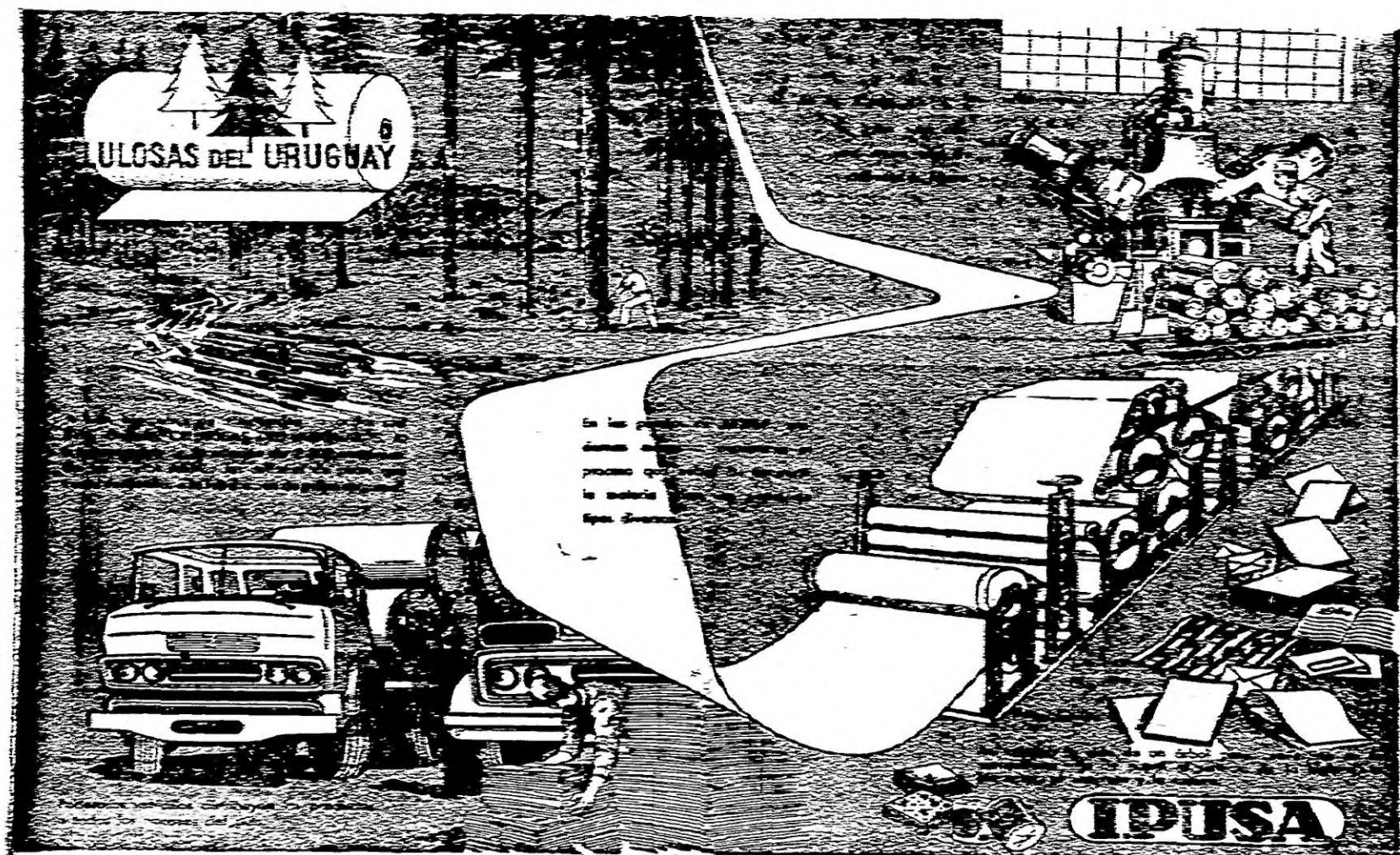
Desde 1817 a 1828 portugueses y brasileños dominaron el país — o mejor sería decir, a sus más fieles aliados dentro de éste, Montevideo, ya que de 1817 a 1828 primero y de 1828 a

ARTIGAS: RAICES DE SU...

(Viene de pág. anterior)

todos sobre el cañamazo de los conceptos y valores con que los ordenamos y relacionamos. Una personalidad histórica, en efecto, no puede ser incluida totalmente como "personalidad", sino captada solamente como "histórica", es decir, ajustada a estructuras que la inserten en el devenir de contenidos sig-

nificativos. Pero en el caso de Artigas, lo asombroso es la estrechez del margen que separa todo lo que conocemos de su vida real, de la imagen que tendemos a recrear según nuestras más extremadas exigencias. Cada día más, se afirma como una satisfacción retrospectiva de nuestras esperanzas. Y aunque estas esperanzas se van modificando con los tiempos, y esa visión retrospectiva pueda ir corrigiendo por lo tanto sus perspectivas, resulta fácil concebirlo inmanente ya ante ninguna clase de descalificación. Lo realmente difícil, por lo que hasta ahora sabemos de él y de nosotros, ha de ser quizá que lleguemos alguna vez a merecerlo.



HOY

Baile en el HOTEL ERMITAGE

Organiza 2.º de
Preparatorio de
Derecho y Notariado

ARREGLOS DE
CARTERAS EN EL ACTO

14 y otros casos especializados en arreglos, reformas y tejidos en los colores de moda. No deje de lado su cartera usada, se la ajustamos al tamaño de actualidad.

SIMARC

Mercedes 1635 - Tel.: 41.72.7